

---

## EL DIA EN EL COLEGIO

---

### LA CLASE

Uno de los recuerdos más gratos que de la vida de colegio guarda el hombre, si fue buen discípulo, es el de la clase. Cuando, más tarde, terminados los estudios, escucha casualmente en la conversación el nombre de uno cualquiera de sus condiscípulos, con qué gusto dice: «Yo era de su clase, eramos de la misma clase,» del mismo modo que tienen gusto en decir los soldados viejos: «Yo era del mismo regimiento.»

Sólo que, en la clase, es más perfecta todavía la sociedad; los condiscípulos son más que compañeros de armas, son hermanos; una clase es una familia cuyos miembros no forman más que un alma, un espíritu y un corazón; y cuando ha durado ocho o diez años de la vida, no se olvida jamás.

Y si tales son los lazos que unen a los condiscípulos entre sí, no son menos estrechos los que unen a éstos con el maestro. Una corriente de afecto, no menos que de instrucción, de calor, no menos que de luz, se establecé entre el banco donde os sentáis vosotros y la cátedra desde donde enseña el maestro; es una cadena eléctrica. Es preciso que no rompáis esa cadena. Es preciso que concurráis a esa enseñanza con otra cosa que con la falta de atención y con la indiferencia; y ved por qué voy a hablaros hoy de la docilidad, que es vuestro primer deber en la clase. Y la docilidad que yo os pido comprende dos cosas que se suceden o que se entremezclan durante ese ejercicio: escuchar y responder. ¿Cómo cumpliréis con lo uno y con lo otro? Os lo explicaré.



## I

En primer lugar debéis escuchar. En aquella clase de los doctores del templo de Jerusalén, donde se dignó tomar asiento el Maestro de los maestros, se vio al Niño Jesús que escuchaba; esto lo primero: *invenerunt eum audientem illos*. Después habló para interrogar, *et interrogantem illos*. Escuchar primeramente, y después hablar, si hay lugar; tal es, hijos míos, la regla, tal es el ejemplo divino.

Pero al entrar en clase debéis estar plenamente convencidos de la necesidad que tenéis de aprender, y, por lo tanto, de escuchar. Y esta necesidad os la revelarán el sentimiento de vuestra insuficiencia, y la conciencia íntima de que ignoráis mucho, y de que sabéis muy poco. Acordáos, hijos míos, de lo que se cuenta del joven Alcibiades que, un día se envanecía ante Sócrates, su maestro, de las grandes posesiones que tenían en los alrededores de Atenas. Llamándole aparte, desplegó Sócrates ante él un mapa del mundo conocido por los antiguos, y le preguntó: «¿Dónde está el Asia?» Alcibiades la mostró con el dedo; el Asia representaba en el mapa una figura bastante grande. «¿Y en el Asia, dónde está la Grecia? (1)» El discípulo la mostró también, pero no era más que una pequeña provincia situada en el seno del continente asiático. «Y en la Grecia ¿dónde está el Peloponeso?» Alcibiades lo mostró, no sin buscar durante un rato. «¿Dónde está el Atica?» El Atica se perdía en la carta; no era más que un punto en aquella inmensidad: «¡Pues bien, en ese punto, trata de señalarme tus posesiones!»

(1) En aquel entonces, el mundo civilizado y conocido era el Asia: siendo los países occidentales casi desconocidos de los griegos, no es extraño considerasen la Grecia como parte del Asia (*Nota del traductor*).

Alcibiades las buscó, y no las encontró; eran imperceptibles. Hay, hijos míos, algo más imperceptible todavía, y es el dominio de vuestros conocimientos en el mapa del saber humano: pero, ¿qué digo? menos aún, en el mapa mucho más pequeño de vuestros programas escolares. En él, para vosotros, todo está por aprender, todo por conquistar. Y esas conquistas se os ofrecen, pues no habéis de hacer más que recibirlas de mano de vuestros maestros, porque escuchar es recibir: ¡recibid y escuchad!

Debéis escuchar en silencio. El silencio es una virtud de la que, en otra ocasión volveré a hablaros. El silencio es fuerza, según afirma la Escritura: *In silentio et spe fortitudo erit*. Pero lo que quiero deciros aquí, en este caso particular, es que el silencio es una ley primera, indispensable para toda clase donde se trabaja y donde se aprovecha. Una de las más hermosas pinturas del libro de la Sabiduría es la que representa el profundo silencio del mundo, cuando la Palabra divina desciende de su trono real para la conquista de la tierra: *Cum quietum silentium contineret omnia.... omnipotens sermo tuus de coelo a regalibus sedibus prosilivit*. Y bien, sabed que sólo con esta condición tiene todo su valer aun el más familiar discurso. ¿Cómo queréis que una enseñanza cualquiera pueda penetrar en el espíritu, cuando encuentra dificultades para llegar al oído? Lo primero que prescribía Pitágoras a los que pretendían ser sus discípulos, era silencio de uno o de muchos años. No os asustéis, hijos míos, nada temáis; no he de exigir yo de vosotros tan largo noviciado. Pero, discípulos de una escuela más eminente, pues lo sois de la escuela de Dios, os conjuro a que sepáis permanecer en silencio y escuchar. ¡Habladores inagotables, callad una o dos horas al menos; callad!

Hay otra clase de silencio, el silencio interior. Se

le llama recogimiento. ¿No comprendéis el significado de esta palabra? Cuando, al venir de vuestra casa o del recreo, entráis en clase y comenzáis el estudio, las facultades o potencias de vuestra alma están distraídas: vuestra imaginación, vuestro corazón, vuestra voluntad, vuestra memoria y vuestra inteligencia revolotean por todos los objetos que se han presentado ante vuestros ojos; juegos, conversaciones, fantasía. Pero ha sonado la hora de la clase: ¡silencio! No es ya hora de libertad: sería licencia; no es hora de esparcimiento, sino de retiro, de recogimiento del espíritu. Recogéos pues, hijos míos; reunid esas facultades que vagan como corceles salvajes a los que se deja dar saltos durante un momento, con las riendas al cuello. Ponedlas de nuevo bajo el yugo, uncidlas al carro del estudio, y, tomando las riendas, dirigidlas con un solo y firme movimiento hacia el término señalado por el deber. Reuniendo de este modo vuestras fuerzas, las duplicaréis, conseguiréis el objeto propuesto, y ganaréis el codiciado premio. Por el contrario, sin ese recogimiento que es la fuerza, ¿qué os resta? La disipación, que es impotencia y debilidad. Habla el maestro, y hace un llamamiento a vuestra memoria: vuestra memoria no está allí. Se dirige a vuestro espíritu: vuestro espíritu está muy lejos. Llama a vuestra voluntad: vuestra voluntad está ausente. No estáis allí, hijos míos; ¿dónde estáis?

He comparado alguna vez al maestro que llega a la clase con el sembrador de que nos habla el Evangelio. Una parte de la semilla, dice la parábola, cae en un suelo pedregoso, y esa semilla no fructifica, porque no encuentra el medio necesario a su desarrollo: *Non habebat humorem*. Con frecuencia encontramos un terreno intelectual semejante, en el cual nada brota, porque no tiene fondo, es suelo impropio para los estudios clásicos; se perderá cuanto en él se siembre; semilla y

tiempo perdidos: *Non habebat humorem*. No censuro, hijos míos, a esos pobres niños; no es suya la falta; los compadezco.

Otra parte de la semilla cae entre espinas, dice la Escritura, y las espinas la ahogan. Para los hombres, las espinas son las preocupaciones de las riquezas y las solicitudes de la vida, según lo explica el Evangelio. Otro género de preocupaciones tenéis vosotros, hijos míos: la vida del mundo, la vida de goces y de placeres, de reuniones, de relaciones mundanas o de algo peor todavía; ¿qué queréis que suceda a la semilla que cae en el suelo así cubierto de malezas? En vano hablará el profesor, de literatura, de ciencia, de historia. ¡Tienen en la cabeza cosas tan diferentes esos espíritus preocupados, atormentados, distraídos! *Et spinæ suffocaverunt illud*.

Finalmente, dice el santo Evangelio, otra parte cae a lo largo del camino, donde la comen los pájaros del cielo, de manera que no da fruto. ¡Qué bien conozco yo esos pájaros que a cada instante se arrojan sobre vuestro espíritu para arrebatar la semilla a medida que se va sembrando, esos pájaros de la volubilidad, de la distracción, de la disipación, que se arrojan sobre una clase lo mismo que sobre un camino público por donde pasan y vuelven a pasar mil pensamientos en tumultuoso desorden! ¡Qué canto, qué gorjeo y qué voracidad! En un instante arrebatan todo el fruto de la clase. ¡Guardad silencio interiormente, hijos míos, os lo ruego; guardad silencio!

Recogidas así vuestras facultades, y puestos en posesión de ellas, es preciso que las apliquéis al objeto de la clase. Es lo que se llama atención; escuchad atentamente. Nada más poderoso que esa atención; es decir, que esa dirección continua del espíritu hacia un mismo objeto: ella ha producido todas las maravillas

en las artes y en las letras, y ha traído todos los descubrimientos de la industria y de las ciencias. Millares de personas habían visto todos los días caer a tierra millares de objetos sin sacar de esos hechos ninguna consecuencia. Observa Newton en un huerto la caída de una manzana, y deduce de ella la ley de la gravitación universal. Millares de personas habían visto balancearse la lámpara de bronce que todavía se ve en la Catedral de Pisa, sin que de este hecho sacaran conclusión alguna. Un día lo miró atentamente y lo estudió Galileo; de él dedujo las leyes de las oscilaciones del péndulo y de la atracción central de nuestro globo terrestre. ¿Qué es lo que añadían a su observación aquellos grandes hombres? Su genio, la atención que es el instrumento que centuplica el poderío de aquél.

Es la potencia de la inteligencia multiplicada por la de la voluntad: nada hace la una sin la otra. ¿No lo véis? Los padres de esos niños cuyos malos resultados en la clase nos afligen, dicen frecuentemente que no les falta inteligencia; así lo creemos. ¿Por qué, pues, su trabajo acusa cada día las mismas faltas, presenta los mismos vacíos y denota las mismas ignorancias? ¿Es que no han tenido cien veces delante de los ojos las reglas, las leyes, los procedimientos y los hechos? Sí, hijos míos, delante de los ojos del cuerpo, pero no de los ojos del espíritu; porque parecidos son esos espíritus a los ídolos de los gentiles: *Aures habent et non audient, oculos habent et non videbunt*. Tal vez tienen inteligencia, pero no tienen atención; hubiera podido ver la inteligencia, pero no ha mirado la atención.

No hay ciegos peores que los que no quieren ver, ni peores sordos que los que no quieren oír. La falta de atención constituye una sordera y una ceguera intelectual, y hoy por hoy paraliza todo progreso en vuestros estudios. Más tarde os será funesta en vues-

tros negocios, en vuestros empleos y en vuestros trabajos. ¡Tiemblo por vosotros!

No quiero hablar aquí de esas clases desordenadas que, gracias a Dios, no se encuentran en nuestras casas religiosas. Si queréis, sin embargo, formaros una idea edificante de lo que son, no tenéis más que oír a un historiador de nuestros días, al demasiado célebre Michelet, que cuenta su ingreso y su estancia en uno de los liceos de París que no nombro:

«Era en el mes de octubre; llegó el tan temido día de la apertura del curso. Me dirigí al liceo. Mi corazón latía con violencia. ¡Iba a encontrarme de repente en medio de tantos desconocidos! Entré en aquel patio sombrío, sonó la campana, y subimos. Admiré la amplitud de la clase, el número de condiscípulos, y sobre todo, aquel hombrecillo vestido de negro con quien debía habérmelas en presencia del mundo entero. Nos dictó un tema, nos indicó la marcha de la clase, y nos señaló las lecciones que debíamos aprender. Volví a mi casa rebotando actividad, y cumplí con mi deber, de una manera, en mi opinión, gallarda.

«Pero al día siguiente comenzaron mis desdichas. Mi aire de candidez, que delataba al recién llegado, fue notado bien pronto por mis camaradas. Era zurdo, y dedujeron de ahí que era tonto. El maestro, M. Andrieux, me hizo leer el tema, y véanme ustedes desconcertado por completo. Comencé con voz temblorosa, tan temblorosa, que estalló por todos los ámbitos risa general. Aquel reír cruel aumentó mi turbación, e hizo más ridícula mi lectura; disminuía mi voz al final de cada frase, siéndome imposible sostenerla en el mismo tono. Era, sin embargo, clara mi palabra y distinta mi pronunciación, me entendían perfectamente todos los que se mofaban de mí: para mofarse de uno no hay lugar más a propósito que la clase; el uno os hace

una cortesía; el otro os tira por el suelo el libro o el cuaderno, riéndose con frecuencia a mandíbula batiente. M. Andrieux tuvo compasión de mí, y no me dejó acabar; pero había tenido ya la barbarie de tenerme en el suplicio tanto tiempo. Si hubiera tenido yo la fuerza de Sansón, nos aplasta seguramente el techo a todos, a mis zumbones y a mí.

«Fuí desde aquel momento juguete de mis compañeros. Demasiado negligente para conseguir buenos puestos, estaba siempre en la clase entre los malos estudiantes; y como nunca escuchaban al profesor, me mortificaban para distraerse. Los que me atormentaban eran ya casi todos hombres por la talla y por la fuerza, y, por lo tanto, no podía pensar yo en vengarme sin estar seguro de ser arrollado. . . . No podía abrir la boca sin que estallase la risa. Estas burlas generales agriaron mi carácter, que ya era violento. De vuelta a mi casa, derramaba con frecuencia lágrimas de rabia. Mi madre estaba afligida, y quería que interrumpiese los estudios antes que continuarlos viéndome desgraciado.»

Y basta ya, hijos míos; esto ocurría en 1812. ¿Hay todavía en nuestros tiempos clases y condiscípulos como aquellos? ¡Guarde Dios a vuestra juventud de unas y de otros!

## II

Sabéis ya, hijos míos, cómo es preciso escuchar; esto es lo primero. Aprended ahora cómo debéis responder. ¿Cómo se debe responder en clase? Entran en esta pregunta muchas cosas de las que no quiero tratar en estas pláticas dedicadas a vuestra formación religiosa y moral, y que deben dejar lo relativo a la enseñanza pedagógica a los que con tanto acierto la dirigen. Pero al menos, desde el punto de vista que me corresponde, quiero indicaros algunas reglas muy sencillas que, bien observadas, darán a vuestras res-

puestas un valor y una belleza que honrarán la clase y os harán dignos de bendición.

Responded *cortesmente*. No podéis comprender cuán grande es el cariño que siento por esa antigua palabra tan francesa, ¡la *cortesía*! No significaba esta palabra en otros tiempos, como hoy, únicamente honradez o urbanidad; significaba también decencia, distinción, dignidad, gracia y todo cuanto se deriva del honor, de donde toma nombre la palabra (1). Del mismo modo, aquellos a quienes entonces se llamaba «hombres honrados» eran hombres bien educados, y que tenían a gran honra el serlo y el parecerlo. Sedlo también vosotros, en ese buen sentido, especialmente aquí, bajo la vigilancia de vuestros maestros y en presencia de vuestros amigos. Sedlo en el tono de la voz, en vuestro exterior, en vuestra apostura, en vuestro respeto. De tal manera se estiman en Francia estas formas corteses y distinguidas, que se las llama por excelencia «la buena educación», como si no comprendiera más la educación. Al menos, tal es su manifestación exterior, y ¡hay tantas gentes que no miran más allá!

Responded *exactamente*, lo cual quiere decir que es preciso responder a lo que os pregunten. Reflexionad sobre la pregunta, y, sin precipitación, sin titubear, decid lo que sepáis modestamente y sin rodeos. Esta última circunstancia excluye las vaguedades, e implica la precisión; la vaguedad es la niebla, la bruma, y la precisión es el sol, el cielo azul. Nuestro Señor ha dicho que, cuando se nos interrogue, debemos responder: *Est*, *Non*, es decir, sí o nó. Quiere decir, según el Evangelio, que debemos decir la verdad, y decir la sencilla-

(1) He traducido por *cortesía* la palabra francesa *honnêteté*, y por *honor* la palabra *honneur* del mismo idioma. Bien puede decir el autor que *honnêteté* se deriva de *honneur*. (Nota del traductor).

mente; pero, ¿no puede significar también que es necesario decirla con claridad y sin rodeos? ¡Qué costumbre tan preciosa sería ésta para toda nuestra vida!

Finalmente, en clase y en todas partes responded *correctamente*. Todo mi afán es que tengáis un lenguaje escogido; y en la clase debéis aprenderlo y debéis practicarlo. Practicadlo en la pronunciación que no debe resentirse, os lo ruego, ni de lo extranjero ni de lo lugareño, es decir que no debe ser ni el patois (1), ni el lenguaje propio de los rústicos.

¡Si supierais el detrimento que a vuestros actos y a vuestra consideración pública puede causar un dialecto semejante! Formarán de vosotros un juicio del que ante ningún tribunal podéis apelar.

Hablad un lenguaje escogido que no se resienta de la jerga de las calles o de la del taller. Los términos de semejante lenguaje no pueden tener derecho de ciudadanía entre nosotros. Habladlo, por último, en el tono y en la dicción naturales, dignos, exentos, lo mismo de la pretensión escénica, que de esa insoportable cantinela escolar a la que hacemos guerra de exterminio.

Pero basta ya de hablar de este asunto que me llevaría demasiado lejos. En suma, una clase donde las cosas pasan en la forma que acabo de deciros es verdaderamente una clase llena de atractivos. Escuchad cómo hablaba yo hace más de treinta años en un discurso de distribución de premios. Era entonces profesor joven, y servirá para rejuvenecerme la repetición de este párrafo: «La imagen que me formo—decía entonces—de una clase parecida, es la de un santuario, de una familia y de una academia... Es una sociedad de

(1) Dialecto que se habla en algunas localidades del sur de Francia, y que tiene muchas analogías con el español y sobre todo con el catalán; por eso en el norte de Francia lo consideran extranjero (*Nota del traductor*).

corazones nobles y buenos, de espíritus rectos y prudentes, de talentos desiguales sin duda, pero que se completan los unos a los otros; dando más los unos, los otros menos; pero poseídos todos del deseo de trabajar bien, animados del entusiasmo por lo bello, y esforzándose por conseguirlo a la medida de sus respectivas facultades. La mirada del maestro, más que vigilancia sería en ella recompensa y estímulo. Y la mirada de Dios, la fe, el reconocimiento y el honor verdadero, son los móviles más poderosos del trabajo, y constituyen la más alta sanción del mismo. Una hermosa página, una narración elocuente, un tema que ofrezca cierta especie de atractivo, lleva a los corazones un placer que dura todo el día, y ese placer se renueva diariamente. Cada día de clase es un paso más en las encantadoras regiones de lo bello y de lo verdadero; cada lección abre a la inteligencia jadeante una nueva perspectiva; y de este modo se avanza en conjunto, sosteniéndose los unos a los otros, y recogiendo en justa medida el premio de su labor.

«La esperanza, siempre tan viva en los jóvenes, presta a estos trabajos su encanto, sus colores y sus necesarias ilusiones. Y si algo falta, si algún olvido, algún desaliento, pone momentáneamente en esa vida, el desorden y las miserias inseparables de la infancia como de la humanidad entera, el ejemplo, la caridad, la amistad atenta colocarán de nuevo y bien pronto en el camino al alma extraviada, consolando y levantando al alma que sufre. Hay entre todos emulación loable, pero exenta de envidia; gran sencillez, pero sin trivialidad; abandono familiar que permite decir todo lo que es útil y grato. Las fiestas literarias y las fiestas religiosas son descansos llenos de delicias en ese movimiento ascensional e incesante hacia el invisible manantial de toda belleza y de toda santidad. El maestro

vive con sus discípulos en absoluta comunidad de inteligencia y de sentimiento; y, encontrando en ellos eco para todos sus pensamientos, los eleva rápidamente hasta sí mismo, para llevarlos desde allí hasta Dios. Es un instrumento en el que cada nota podrá ser más o menos vibrante, pero exactas todas, formando en conjunto y bajo la dirección del maestro un concierto armonioso. . . . Bien sé que todo esto no es más que puro ideal; pero es preciso que nos forjemos esa ilusión para amar a nuestros discípulos, y para amar la misión que cerca de ellos tenemos. Un ideal era también lo que proponía san Jerónimo a su discípulo Nepociano, cuando le escribía: *¡Totum summum, totum perfectum in te desidero!*»

Para terminar, hijos míos, volvamos al Evangelio que es y será siempre el último objetivo de nuestra consideración. En aquella clase que os he propuesto por modelo, en que apareció como un escolar en medio de los doctores el Verbo hecho hombre, ¿sabéis qué nota obtuvo de sus maestros? «Se pasaban de su inteligencia y de sus respuestas todos los que le oían,» dice el Evangelista. Dejadme desearos que os concedan a todos parecido sufragio vuestros maestros. Dejadme desearos sobre todo que María y José os admiren como admiraron a Jesús: *Et videntes admirati sunt*. Dejadme, en fin, desearos que al terminar tales clases pueda decirse de vosotros, como del Niño Jesús, que habéis crecido en gracia y en sabiduría, ante Dios y ante los hombres; ante los hombres a quienes debéis edificar, y ante Dios a quien habéis de glorificar.

MONSEÑOR BAUNARD

## REVISTA

del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura

ACTOS OFICIALES DEL COLEGIO.—FILOSOFÍA.—CIENCIAS.  
LITERATURA, ETC.

Se publica un número de 64 páginas el día primero de cada mes, excepto enero y diciembre.

Sólo se canjea con revistas y publicaciones análogas.

Número suelto.....\$ 0,20 oro

Suscripción por año (adelantada)..... 2,00 »

Número atrasado..... 0,30 »

Para todo lo relativo a la REVISTA, dirigirse al Administrador, señor don Carlos Lozano y Lozano, apartado de correos número 72.

Se envían por correo números y suscripciones fuera de la ciudad, siempre que venga el valor del pedido.